

Historias fabulosas con Bartolo

:: Lecturas ::



Índice

FÁBULAS

• El cabrito y el lobo	4
• El cuervo y la jarra	5
• El pastorcito mentiroso	6
• El perro y el trozo de carne	7
• La paloma y la hormiga	8
• La zorra impaciente	9
• La cigarra y la hormiga	10
• La mochila	12
• La mona vestida	14
• La zorra y el cuervo	15
• Los hijos del labrador	16

LEYENDAS

• El Caleuche	17
• Cuando los moáis caminaban	18
• Kamshout y el otoño	20
• La Pincoya	22
• La Laguna del Inca	24
• El origen de los Payachatas	26
• El copihue: una historia de amor	28



El cabrito y el lobo



Había una vez, un cabrito que vivía con su mamá. Un día, ella tuvo que salir, así que le dijo al cabrito que no abriera la puerta a nadie.

-Afuera está el astuto lobo, que tratará de engañarte -le advirtió mamá cabra.

Al poco rato, el lobo tocó la puerta.

-¿Quién es? -preguntó el cabrito-. ¿Eres tú, mamá?

-Abre la puerta hijito, soy tu madre -dijo el lobo, fingiendo la voz de la cabra.

El cabrito estaba a punto de abrir la puerta, cuando recordó lo que su mamá le había dicho.

Miró por la cerradura de la puerta, y vio que era el lobo.

Entonces, el cabrito le dijo al lobo:

-¡Sé que no eres mi madre! Por más que trates de fingir su voz, no te abriré la puerta.

Furioso, el lobo se fue con la cola entre las patas a su cueva, mientras el cabrito sonreía, aliviado.

 *Escucha a tus padres, ellos te darán buenos consejos.*



El cuervo y la jarra



Un cuervo había volado todo el día sobre un valle, y estaba muy sediento.

Miraba hacia abajo, pero no encontraba ningún río ni lago para tomar agua.

De pronto, divisó a lo lejos una jarra con agua hasta la mitad. ¡No podía creer su buena suerte!

Bajó volando en círculos hasta que llegó al lado de la jarra, pero no pudo alcanzar el agua con su pico.

El cuervo trató de inclinar la jarra, pero era muy pesada. ¡Qué problema!

¿Cómo podría resolverlo? Se puso a dar vueltas por ahí, mientras pensaba.

De pronto, al cuervo se le ocurrió una idea mientras observaba las piedrecitas que había en el suelo.

Entonces empezó a tirarlas, una por una, dentro de la jarra. Tuvo que poner muchas piedrecitas, pero al final el agua subió hasta arriba.

Feliz de haber logrado resolver el problema, el cuervo tomó toda el agua que quiso y siguió volando muy contento.

 *Poquito a poco, puedes lograr lo que te propones.*



El pastorcito mentiroso



Un joven pastor cuidaba su rebaño en el monte, cerca de un caserío. Para divertirse, se le ocurrió asustar a los vecinos, y comenzó a gritar:

–¡Socorro! ¡Un lobo ataca a mis corderos!

Los vecinos dejaron sus tareas y corrieron a ayudarlo. Cuando se dieron cuenta de que el niño se había burlado de ellos, volvieron a su trabajo.

Poco tiempo después, el muchacho volvió a hacer lo mismo. Nuevamente, los vecinos llegaron corriendo, y se encontraron con el pastorcito muerto de la risa.

Pero un día, el lobo llegó de verdad. Realmente asustado esta vez, el pastorcito comenzó a gritar:

–¡Socorro! ¡Un lobo ataca a mi rebaño!

Por más que gritó, los vecinos no se movieron, pues pensaron que era solo una broma más del pastorcito. Y así fue como perdió todos sus corderos.

 *Siempre es bueno decir la verdad, así contarás con el apoyo y la confianza de las demás personas.*



El perro y el trozo de carne



Había una vez, un perro hambriento que siempre estaba buscando comida y meneándole la cola a la gente para que le diera algo.

Un día, encontró un trozo de carne grande y jugoso cerca de una casa. ¡No podía creer su buena suerte!

Temiendo que alguien se lo fuera a quitar, agarró el trozo de carne con sus dientes y se fue corriendo a buscar un lugar solitario donde comerlo tranquilo.

Al pasar junto a un estanque, miró hacia el agua y vio un trozo de carne mucho más grande que el suyo. Sin pensarlo, se acercó y abrió el hocico para sacarlo.

Pero al hacer esto, se le cayó su trozo de carne. Para su sorpresa, en ese mismo momento, desapareció la carne que había visto en el agua. Resultó ser solo un reflejo.

El perro se dejó llevar por una ilusión, y actuó sin pensar, perdiéndolo todo.

 *Debemos aprender a pensar antes de actuar y no dejarnos llevar por una primera impresión.*



La paloma y la hormiga



Un día muy caluroso, una hormiga bajó a un río a tomar agua. Pero, al acercarse a la orilla, tropezó y cayó.

–¡Auxilio! ¡Qué alguien me ayude por favor! –gritaba la hormiga.

Al escuchar sus gritos, una paloma que pasaba por ahí sacó una ramita de un árbol, y la arrojó al río para que la hormiga se subiera.

Luego, tomó la ramita con su pico y sacó a la hormiga del agua.

–¡Muchas gracias por salvarme! Alguna vez te devolveré el favor –le dijo la hormiga.

La paloma se alejó, pensando que tan pequeña hormiga no podría ayudarla en gran cosa.

Al poco tiempo, se encontraron nuevamente. Esta vez, la paloma estaba en peligro: un cazador la apuntaba con su arma.

Rápidamente, la hormiga mordió en el talón al cazador. Esto lo hizo gritar de dolor y soltar su arma.

La paloma aprovechó ese momento para huir del cazador.

Y la pequeña hormiga quedó feliz, porque pudo devolver el favor a su amiga.

 *Ayuda a los demás y ellos te ayudarán a ti.*



La zorra impaciente



Una joven zorra encontró unos pedazos de carne y pan que habían escondido unos pastores dentro del tronco de un árbol.

Tan hambrienta estaba, que se metió adentro y se comió todo lo que encontró.

Con la guatita llena, la zorra golosa trató de salir del tronco, y no pudo. ¡Tanto había crecido su estómago, que había quedado atrapada!

Desesperada, comenzó a llorar y gritar:

–¡Qué alguien me ayude!

Una zorra mayor que pasaba por ahí, escuchó el llanto, y se acercó a ver qué pasaba. Al darse cuenta del problema le dijo a la zorra:

–¡Quédate tranquila y espera hasta que tu estómago se deshinche! Entonces, podrás salir fácilmente de ahí.

La zorra esperó dentro del tronco hasta que su guatita se deshinchó, y luego salió sin dificultad.

 *Con paciencia, podemos resolver muchas dificultades.*



La cigarra y la hormiga



Cerca de un trigal, vivían una cigarra y una hormiga.

Durante el verano, la hormiga trabajaba sin descanso. Recogía granos de trigo, que almacenaba dentro de su casa para el invierno.

Mientras tanto, la cigarra se dedicaba a cantar, bailar y reír, bajo la sombra de un frondoso árbol.

–¡Qué día tan maravilloso! La, la, la... ¡No tengo nada que hacer, solo cantar y bailar... La, la, ra!

–¿Para qué trabajas tanto? –le preguntaba la cigarra a su vecina –Mejor haz como yo, ¡descansa y diviértete!

La hormiga la miró preocupada:

–Yo también he disfrutado del sol, pero ahora me preparo para el invierno. Deberías hacer lo mismo, querida cigarra.

Cuando llegó el invierno, la cigarra sintió hambre y frío. Arrepentida de no haber escuchado a la hormiga, llamó a la puerta de su vecina para pedirle un poco de comida.

La hormiga se compadeció de ella, y generosamente, le dijo:

–Amiga cigarra, por esta vez, compartiré mi casa y comida contigo, pero espero que hayas aprendido la lección.



La cigarra, emocionada, le contestó:

-Gracias por tu generosidad y por enseñarme que junto con divertirme, también puedo trabajar, y así prepararme para la época invernal.

 *Hay tiempo para todo: tiempo para realizar nuestros deberes y también para divertirnos.*



La mochila



Cuentan que Júpiter, antiguo dios de los romanos, convocó un día a todos los animales de la Tierra.

Cuando se presentaron, les preguntó uno por uno, si creían tener algún defecto. De ser así, él prometía mejorarlos hasta dejarlos satisfechos.

-¿Qué dices tú, la mona? -preguntó.

-¿Me habla a mí? -saltó la mona-. ¿Yo, defectos? Me miré en el espejo y me vi espléndida. En cambio el oso, ¿se fijó? ¡No tiene cintura!

-Que hable el oso -pidió Júpiter.

-Aquí estoy -dijo el oso- con este cuerpo perfecto que me dio la naturaleza. ¡Suerte no ser una mole como el elefante!

-Que se presente el elefante...

-Francamente, señor -dijo aquél-, no tengo de qué quejarme, aunque no todos puedan decir lo mismo. Ahí tiene al avestruz, con esas orejitas ridículas...

-Que pase el avestruz.

-Por mí no se moleste -dijo el ave-. ¡Soy tan proporcionado! En cambio la jirafa, con ese cuello...



Júpiter hizo pasar a la jirafa quien, a su vez, dijo que los dioses habían sido generosos con ella.

-Gracias a mi altura, veo los paisajes de la tierra y el cielo, no como la tortuga que solo ve las piedras y las ramas en el suelo.

La tortuga, por su parte, dijo tener un físico excepcional.

-Mi caparazón es un refugio ideal. Cuando pienso en la víbora, que tiene que vivir a la intemperie...

-Que pase la víbora -dijo Júpiter, algo fatigado.

Llegó arrastrándose y habló con lengua viperina:

-Por suerte mi piel es lisa, no como el sapo que tiene su piel rugosa.

-¡Basta! ¡Esto es el colmo! -dijo Júpiter, dando por terminada la reunión-. Todos se creen perfectos y piensan que los que deben cambiar son los otros.

 Solo tenemos ojos para ver los defectos en los demás, y no reconocemos sus talentos. Recuerda que todos tenemos cualidades, y también algunas cosas que mejorar.



La mona vestida



Había una vez una mona que quería ser admirada por todas las monas.

Escondió su cola bajo un vestido de seda y se puso un coqueto sombrero.

Mirándose al espejo, exclamó:

-¡Una gran señora parezco yo!

Al verla, las otras monas no la reconocieron, pensaron que era una señora de la ciudad:

-¿Cómo está usted, señora? Es un gran honor conocerla.

La mona vestida, muy contenta pedía:

-¡Tráiganme un té y pastelitos! ¡Y bailen para mí!

Las monas hacían todo lo que la mona vestida quería. Pero apenas podían se arrancaban a jugar, a trepar por las ramas y su cola balancear.

Poco rato pasó y la mona vestida se aburrió.

Decidida, sombrero y vestido se sacó y alegre partió.

 *La mona aunque se vista de seda, mona feliz se queda.*



La zorra y el cuervo



Cierto día, un cuervo divisó un trozo de queso que alguien había dejado en la ventana de una casa. Rápidamente, lo tomó y voló hasta la rama más alta de un árbol.

Una astuta zorra que estaba a la sombra del árbol, lo saludó con una reverencia:

-Buenos días, señor cuervo
-dijo la zorra, con una gran sonrisa.

-¡Está usted muy elegante con tan bello plumaje! -dijo la zorra, mientras el cuervo sonreía.

-Si su voz fuese tan hermosa como su plumaje -siguió diciendo la zorra- usted sería el ave más hermosa del mundo.

El cuervo, mareado con tanto halago, quiso mostrar a la zorra su voz, así que abrió el pico para comenzar a graznar. Entonces, sin darse cuenta, dejó caer el queso.

¡Eso era justamente lo que quería la astuta zorra!

La zorra cogió el queso entre sus dientes y huyó a toda velocidad.

Entonces, el cuervo se dio cuenta que había perdido su comida, por dejarse engañar con los falsos halagos de la zorra.

 *Si reconocemos y valoramos nuestras cualidades, no nos dejaremos engañar por falsos halagos.*



Los hijos del labrador



Un labrador tenía dos hijos que estaban siempre peleando. Discutían por asuntos como quién manejaría el arado para preparar la tierra antes de sembrar, o quién plantaría las semillas después.

Las palabras del padre, eran inútiles, así es que decidió darles una lección a través de una experiencia.

Los llamó y les pidió que fueran al bosque a traer un manajo de ramas.

Volvieron donde su padre con un manajo de ramas cada uno.

–Ahora junten todas las ramas y amárrenlas fuerte con una cuerda –les dijo el labrador–. Deben romperlas todas al mismo tiempo.

A pesar de todos sus esfuerzos, ninguno de los dos hermanos pudo romper el atado de ramas.

Entonces, el padre deshizo el manajo y le dio una rama a cada uno. Así, pudieron romperlas fácilmente.

–¿Se dan cuenta? –les dijo el padre–. Si permanecen unidos, como el manajo de ramas, serán invencibles ante los problemas. Pero si están separados, serán vencidos con facilidad.

 *Nunca olvides que en la unión se encuentra la fortaleza.*



El Caleuche



Se cuenta que hay un barco fantasma manejado por poderosos brujos; que navega solo en las oscuras noches, tanto en la superficie como bajo los mares y canales de Chiloé. El barco aparece justo después de los naufragios, para recoger a los muertos, que pasan a formar parte de su tripulación inmortal.

Cuentan que los tripulantes del Caleuche, echan de menos las alegrías de su vida como personas, y por eso realizan muchas fiestas en el barco.

También organizan fiestas en tierra firme, con la ayuda de algunos comerciantes, que preparan las fiestas para ellos. A cambio, estos hombres reciben grandes riquezas.

Cuando el barco es perseguido, burla a sus perseguidores transformándose en tronco de árbol, en roca, algas o simplemente en un ave marina; pasando así completamente inadvertido.

Para quienes se atreven a mirar al Caleuche, el castigo consiste, en dejarles la boca torcida o en darles muerte en forma repentina. Para observarlo sin ser visto, hay que ponerse una champa en la boca, u ocultarse detrás de árboles mágicos como el maqui o el tique.

Quienes quieran divisar el barco fantasma, pueden ir al puerto de Quicaví, donde está la cueva del Rey de los brujos. Quizás veas al rey y su corte, alejándose sobre un animal fabuloso, llamado "caballo marino", rumbo al Caleuche.



Cuando los moáis caminaban



Cuenta una vieja leyenda Rapanui que en tiempos primitivos, los gigantescos moáis caminaban solos desde las canteras del volcán Rano Raraku, hacia los sitios donde están ubicados actualmente.

El gran maestro escultor de los moáis, se llamaba Have Hake. Al morir el maestro, solo dos discípulos Miru y Tani guardaron el secreto de cómo construir los verdaderos moáis.

Ellos trabajaban sin cesar en la cantera, para construir más moáis. Contrataron dos ayudantes, Ute-Uka y Manu-Ataki, a los que dirigían, para que dibujaran y tallaran los rostros de los moáis sobre la roca volcánica.

Los ayudantes trabajaban entonando antiguos cantos y deseando descubrir el secreto de los maestros. Por más que preguntaban acerca de cómo creaban los moáis, la respuesta siempre era la misma:

-¡Solo mírate a ti mismo!

Una tarde, los jóvenes ayudantes volvían a sus casas cuando sintieron una brisa que soplaba suave y tibia, y decidieron darse un baño. Al mirar sus cuerpos y cabezas reflejadas en el agua, se dieron cuenta de sus parecidos con los moáis y comprendieron las palabras de sus maestros. ¡Sus mejores modelos eran ellos mismos!

A la mañana siguiente, probaron esculpir un moái, pero les resultó tan feo que al verlo, los isleños estallaron en risas. Algo mejor salió el segundo, y perfecto, el tercero: lo llamaron Have. Entonces,



le ordenaron:

-¡Levántate y camina! -la estatua se fue caminando a una caleta cercana.

Saltaron de alegría al ver su hermosa obra.

Los nuevos escultores le pidieron ayuda a una anciana para que los atendiera. Lo que no sabían es que esta mujer era una hechicera.

Cierto día, salieron a pescar hasta el anochecer. Desganados porque no cogían ni un solo pez, lanzaron por última vez la red y vieron que habían atrapado a la fabulosa tortuga Urarape-nui. Muy buscada por los isleños porque creían que al comer su carne, se adquiriría una extraordinaria inteligencia, larga vida y mucha fuerza.

De regreso, la dividieron en partes iguales la cocieron dentro de un pozo con piedras calientes y se la comieron, sin guardar bocado. Al amanecer, llegó la hechicera, vio el caparazón de la tortuga y buscó ansiosamente un trozo de carne. Al no encontrar ningún rastro, furiosa, gritó:

-¿Dónde está mi parte?

-No hay nada para ti -le respondieron los escultores.

Resentida, la bruja se ocultó en una cueva a planear su venganza.

Al atardecer salió de su escondite indignada. Al ver venir algunos moáis desde las faldas del volcán Rano Raraku, con voz temible les gritó:

-¡Deténganse! ¡No volverán a caminar nunca más!

Los moáis quedaron paralizados para siempre.

Luego, miró a los moáis instalados en los ahu y les ordenó:

-¡Caigan de sus bases!

Asustada por el estruendo y lo que había provocado, quiso huir, pero en su intento quedó aplastada por un enorme moái.

De los escultores... nunca más se supo.



Kamshout y el otoño



En Tierra del Fuego, hubo un tiempo en que las hojas de los árboles eran siempre verdes. Allí vivía Kamshout, un joven selk'nam que junto a todos los jóvenes de su clan, era iniciado a la vida adulta, a través de una ceremonia llamada Hain.

Fueron llevados al bosque, lejos de niños y mujeres y sometidos a duras pruebas, cómo enfrentar a los espíritus y combatir con ellos, o salir de cacería solo.

Salir a cazar guanacos con sus arcos y flechas les podía tomar varios días. En esta oportunidad, todos los jóvenes regresaron, excepto Kamshout que no regresó de la cacería. Todos pensaron que había muerto.

Sin embargo, el día menos pensado, Kamshout apareció con muchas historias para contar de todo lo que le había ocurrido en su larga caminata.

Llegada la noche, les contó la historia de un lugar mágico, poblado de hermosos bosques que parecían no terminar.

-¡Los árboles perdían sus hojas!, parecía que hubiesen muerto. Pero cuando volvió el calor, ¡las hojas volvieron a brotar! y las ramas se cubrieron de verde nuevamente.

-¡No puede ser! ¿Árboles que mueren y renacen?

-Estás loco Kamshout, eso no existe.



Kamshout estaba muy triste y enojado a la vez. Se internó en el bosque y nadie volvió a verlo. Pasó un largo tiempo, hasta que un día apareció en el bosque, un loro de plumas verdes en su espalda, y rojas en el pecho. Un ave que nunca antes habían visto.

¡Era Kamshout que había regresado convertido en un pájaro! Nadie supo cómo se había transformado, y volando de árbol en árbol iba tiñendo las hojas con sus plumas rojas.

Las hojas coloreadas de rojo, comenzaron a caer ante la sorpresa de todo el clan de Kamshout. Asustados, pensaron que los árboles iban a morir.

Ahora era Kamshout el que se reía de quienes antes se habían burlado de él.

Pasaron varias lunas, hasta que las ramas de los árboles comenzaron a cubrirse de verde. Aliviados, recordaron a Kamshout y se dieron cuenta que él no había mentido.

Desde ese tiempo, los loros se reúnen en los árboles y emiten unos ruidosos sonidos para reírse de los hombres incrédulos.



La Pincoya



Huenchula era una mujer hermosa casada con Millalobo el rey del Mar. Tuvieron una hija en las profundidades del mar donde vivían.

Su madre, llevó a la criatura a casa de sus abuelos en tierra firme para que la conocieran. Desde que llegaron a la cabaña hubo abrazos, risas con lágrimas e hicieron fiestas muy alegres.

Los abuelos querían ver a su nieta, pero siempre estaba cubierta de muchas mantas. Como era hija del rey Mar, tenía carácter mágico y por eso ninguna persona de la tierra podía mirarla.

Huenchula les contó que era bellísima, les hizo escuchar sus ruiditos y tocar sus cabellos.

Cuando su hija salió y les dejó solos con el bebé, los viejitos se acercaron y levantaron apenas la puntita de las mantas para espiar a su nieta. Total, ¿qué podía tener de malo solo una miradita?

El bebé era como el mar en un día de sol. No querían tajarla de nuevo, ni sacarla de su vista.

Al regresar, Huenchula vio a su bebé y gritó: ante la mirada de sus abuelos la pequeña se había ido disolviendo, convirtiéndose en agua clara.

Huenchula se llevó la cuna y muy envuelto a su bebé de agüita. Se fue llorando a la orilla y lo devolvió despacito al mar.

Luego, se zambulló, nadó entre lágrimas y olas hasta donde estaba su marido, que la esperaba calmo y profundamente amoroso. El Millalobo la tranquilizó.



-¿Por qué no miras hacia atrás?

Ahí estaba la Pincoya, su hija. El mar la había hecho crecer de golpe. Era una jovencita preciosa de cabellos dorados, con el mismo encanto del bebé.

Desde entonces, la Pincoya habita el mar. Cuando una barca de pescadores es atrapada en una tormenta, la que apacigua las aguas, es la Pincoya.

Cuando hay problemas lejos de la costa, la que ayuda a encontrar el rumbo, es la Pincoya. Cuando alguien naufraga, lo rescata la Pincoya.

Todos los mariscos y peces de los mares de Chiloé, son sembrados por la Pincoya, quien en las noches de luna llena, sale de las profundidades del agua a la orilla, vestida de algas.

Se cree que cuando baila mirando de frente hacia el océano, está avisando que habrá abundancia de peces y mariscos, en cambio cuando el baile es de espaldas al mar, habrá escasez de pesca. Para ser favorecido por la Pincoya, es necesario estar contento y compartir; por eso los pescadores se acompañan de amigos alegres.

Si se pesca o marisca mucho en un solo lugar, la Pincoya se enoja y abandona aquella zona, quedando sin peces hasta que le hagan una ceremonia especial.



La laguna del Inca



Antes de la llegada de los españoles a Chile, existían en el valle de Aconcagua varios poblados incas, donde cultivaban vegetales como papas, maíz y quinoa.

En uno de los poblados vivía el príncipe inca Illi Yupanqui, un valiente guerrero que comenzó a recorrer las aldeas del valle, buscando a la mujer que sería su esposa.

El príncipe encontró a Kora-Ilé, la mujer más hermosa de la zona, reconocida por su larga cabellera negra y el color esmeralda de sus ojos. Ambos se emocionaron al verse pues el amor brillaba entre ellos. La decisión de casarse fue casi inmediata.

La ceremonia de matrimonio se realizó en lo alto de la cordillera, lo más cerca posible del padre sol, en la cercanía de una hermosa laguna. Illi Yupanqui y Kora-Ilé estaban felices con su unión.

Al terminar la ceremonia de matrimonio, la princesa, ataviada con las joyas de la ceremonia, debía bajar por un estrecho y pedregoso camino, en la ladera del cerro.

Mientras bajaba, Kora-Ilé resbaló y cayó por la ladera de la montaña, sin que ninguno de sus acompañantes pudiese hacer nada para ayudarla.

El inca escuchó los gritos de su amada y fue corriendo en su ayuda; sin embargo, al llegar se dio cuenta que estaba muerta.

Se arrodilló y la tomó en sus brazos, llorando de dolor por la pérdida trágica de su amada. Lo que admiraba a todos era el rostro de la princesa, que conservaba la alegría que sentía por haberse



casado con Illi Yupanqui.

Illi Yupanqui buscó para su amada, un entierro especial. Por eso ordenó a sus hombres que la envolvieran en telas blancas y depositaran su cuerpo en el fondo de la laguna.

Ese mismo día, todos los que lloraban la muerte de Kora-Ilé, pudieron observar maravillados la transformación de la laguna. A medida que el cuerpo de la princesa entraba en las aguas cristalinas, estas comenzaron a tomar el hermoso tono verde esmeralda, de los ojos de Kora-Ilé.

Desde entonces y hasta su muerte, el príncipe no encontró consuelo ante la partida de su amada. Dicen que en las noches de luna llena caminaba en torno a la laguna, llamando a la bella Kora-Ilé.

En honor a este gran amor, la laguna de aguas color esmeralda fue llamada Laguna del Inca, nombre con el que es conocida hasta el día de hoy. La leyenda dice que en las noches de invierno, cuando la laguna está cubierta de hielo, puede escucharse el llanto del inca, llorando a su amada.



El origen de los Payachatas



Cuenta la leyenda que donde hoy se encuentra la comuna de Putre, en el extremo norte de Chile, había dos poblados ubicados muy cerca el uno del otro. Ambos pueblos peleaban continuamente por el dominio de esas tierras.

Ocurrió que la princesa y el príncipe de estas comunidades enemigas, casualmente se conocieron e inmediatamente se enamoraron, de tal forma, que su amor estaba por encima de las peleas y odios entre sus pueblos.

Las familias de ambos jóvenes, no entendían este amor. El odio les impedía ver que la unión de ambos príncipes, podía traer paz después de tanta disputa y lucha.

Las familias intentaron todo para separarlos, pero los jóvenes más se unían. No sirvieron de nada los rituales mágicos, las amenazas, ni las mentiras.

La naturaleza apoyaba la unión de los jóvenes y se manifestaba a través de tormentas e incluso del llanto de la luna, que suplicaba para que dejaran en paz a los enamorados.

Las familias de ambos estaban descontroladas. Con el apoyo de las personas de cada pueblo, apresaron a los príncipes y para que nunca pudiesen estar juntos, fueron sacrificados por los sacerdotes. Todo ocurrió durante una noche extremadamente oscura, pues la luna no quería ver lo que estaban haciendo.

Para mostrar su desaprobación ante el crimen de los enamorados, la naturaleza desplegó toda su fuerza. El sonido de los truenos no se detuvo mientras llovía y llovía sobre ambos poblados.

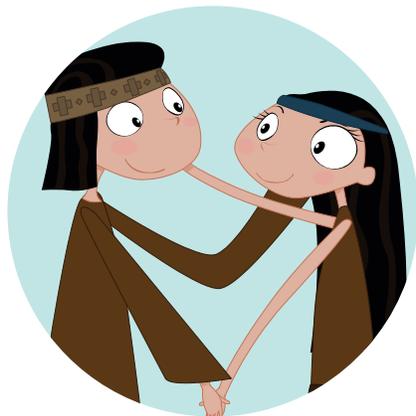


Cuando la lluvia se detuvo, los poblados habían desaparecido bajo las aguas. En su lugar dos deslumbrantes lagos lucían apacibles y hermosos: eran el lago Chungará y el Cota Cotani. La leyenda dice que es posible ver a los dos enamorados navegar por los lagos en una pequeña canoa, juntos y en paz.

Junto con la creación de los lagos, la naturaleza quiso homenajear a los enamorados y para eso eligió el lugar donde fueron enterrados ambos jóvenes. Allí se levantan desde entonces dos hermosos volcanes: el Parinacota y el Pomerape, también llamados los nevados de Payachatas.



El Copihue: Una historia de amor



Hace muchos años, cuando en Chile la tierra de Arauco era habitada por pehuenches y mapuches, vivía una hermosa princesa mapuche, llamada Hues, y un vigoroso príncipe pehuenche, cuyo nombre era Copih.

Lamentablemente, sus tribus estaban enemistadas a muerte.

A pesar de esto, Copih y Hues se amaban profundamente y, para verse, solo podían encontrarse en lugares secretos del bosque.

Sin embargo, un día los padres de ambos se enteraron y se enfurecieron.

Tanto Copiñiel, el jefe de los pehuenches y padre de Copih, como Nahuel, jefe mapuche y padre de Hues, se dirigieron hasta la laguna donde ambos enamorados se reunían en secreto.

El padre de Hues, cuando vio a su hija abrazándose con el príncipe pehuenche, arrojó su lanza contra Copih y le atravesó el corazón. Tras esto, el príncipe se hundió en las aguas de la laguna.

El jefe Copiñiel no se quedó atrás e hizo lo mismo con la princesa, la que también desapareció en las aguas de la laguna.

Ambas tribus lloraron por mucho tiempo. Al cabo de un año, pehuenches y mapuches se reunieron en la laguna para recordar a los príncipes Copih y Hues. Llegaron de noche y durmieron a orillas de la laguna.



Al amanecer, vieron en el centro de la laguna un suceso inexplicable. Desde el fondo de las aguas surgían dos lanzas entrecruzadas. Una enredadera las enlazaba, y de ella colgaban dos grandes flores de forma alargada: una roja como la sangre y la otra blanca como la nieve.

Así, las tribus enemistadas comprendieron que todos eran responsables de la tragedia. Ambos jóvenes estaban muertos debido a que las personas no fueron capaces de dejar atrás el odio y dar paso al amor que sentían los jóvenes. Desde entonces, las tribus se reconciliaron y llamaron copihue a la flor que nació de la unión de Copih y Hues.



imactiva*
Tecnología para la educación